



La novela de María Esther de Miguel, "la hora undécima", aborda, desde el título y el epígrafe, el problema del amor del Padre por sus criaturas, amor que en todas ellas se manifiesta porque las ha destinado para su Gloria y sólo sus pasos pueden impedirles lograr ese destino final.

La trama del libro se basa en la relación que une a Víctor Martínez Vargas, hombre de la aristocracia campesina, estanciero, rico, casado con una mujer que no lo ama y lo ha traicionado desde el primer momento (Liliana), con Fernanda Weinmberg, maestra de campaña más joven que él, cristiana y con un arraigado sentido de la caridad. Las circunstancias del campo entrerriano favorecen esa inclinación amorosa que casi no han buscado y que bien pronto va a transformarse en absorbente pasión para ambos.

Víctor es escéptico, ateo y singularmente desconfiado para todo lo que se refiere a la gente de Iglesia. No bien descubre su cariño por Fernanda, comprende quién será su verdadero enemigo: "Dios, o No-Dios que quieres quitármela... defiéndete... Mía... Eran las palabras de siempre, reclamo y posesión. Pero Víctor sintió que se las decía a Otro". El tema de la lucha hombre-Dios por el amor de una mujer, en razón de las circunstancias en que se entabla y de la indole de los personajes, es análogo al de Bendrix en "El fin de la aventura" y de los protagonistas del cuento "Cafisho" en el libro "No" de Sáenz, como luego se verá. Pero, desde el primer instante, la batalla es despareja y sabemos quién será el vencido. Porque, si la ocasión se ha aliado con Víctor, (a través de las dos soledades que, por

distintos motivos los aquejan), hay una inquebrantable adhesión a Dios en Fernanda, suspendida, no muerta, por razón del amor que el hombre maduro despierta en ella. Pasado el primer estupor, nace la zozobra que la conciencia del pecado despierta. Necesita paz para su alma, y así lo dice. Y cuando le pregunta Víctor qué entiende por paz, contesta, simplemente: "Estar con Dios". Todavía recurre el amante a un sutil expediente para retenerla. Ha advertido la normalidad de esa mujer, romántica y fiel hasta el martirio, a su Dios y a su amor: un hijo la obligará a continuar esa relación que, de otro modo, deberá tarde o temprano terminar. Dios lo dará. Pero, no bien formula el voto, el deseo, advierte que Dios es algo más que una palabra y que tiene, para Fernanda, un sentido intergiversable y claro: "Dios... No fue una palabra. Era algo eludido hasta entonces. Era Alguien. Era el Huésped indeseable, el que no habían querido albergar durante cuatro días y que se presentaba así, de pronto, en el momento final, como diciéndoles: ¿Ven que estoy aquí? ¿Ven que no pueden prescindir de mí?"

El último esfuerzo que ambos emprenden consiste en la visita a dos sacerdotes muy opuestos en temperamento: uno, severo, inflexible, con poca calidad humana, aunque muchos libros; el otro, pastor de almas, profundamente capaz de conmoverse por los conflictos de aquellas que acuden a él. La respuesta es única, porque no puede haber otra. Pero, mientras el primero resuelve el caso con una de esas fórmulas secas que suelen servir de pretexto para futuras rebeldías, el se-

gundo agrega, casi al final, una frase simple que, sin embargo, va a ser el punto de partida para la sublimación del amor por parte de Fernanda. Dice: "Pero Dios es bueno..." Y el día del encuentro que ha de hacerlos romper con todo el orden de la fe y la sociedad, Fernanda escapa. En su carta, hace mérito de esa última reflexión que se le aparece como una evidencia: pero Dios es bueno. Dios tiene razón; no puede tirar por la borda el hondo caudal de fe que, desde siempre, vive en ella.

Acude Fernanda al Padre Mateo, antiguo capellán de la escuela donde se educó. Se propone huir por el fácil camino del ingreso a una comunidad religiosa. El sacerdote logra disuadirla, muy humanamente por cierto. No tiene por qué renunciar a su amor, que, como tal no es ilícito. Debe, eso sí, purificarlo, hacerlo donación, enriquecerlo hasta el límite. La mayor prueba de amor será, pues, la renuncia. Es lo que ella hace, consagrándose a los pobres de una oscura colonia, en alguna isla del Delta. Al principio el peso de su sacrificio y la dureza del camino que emprende se le aparecen como una montaña imposible de escalar; se halla, en cierto momento y a la vista de la miseria humana que le ha sido confiada, al borde de la desesperación. Pero se sobrepone, porque advierte que Dios la ama y, precisamente por eso, la ha introducido en el misterio de la Cruz. "Porque la Cruz... no es, no, el madero a lo largo y el madero a lo ancho: Es la sombra, la noche...". A partir de entonces la purificación de Fernanda avanza con ritmo acelerado y se ve signada por un inequívoco síntoma de santidad: la total entrega a la voluntad de Dios. Esta se sustituye en ella, la hace obrar, como antes la de Víctor. "También ahora, Dios... ¡Dios mío!... También ahora, lo que quieras... Quiero ser arcilla en tus manos; que no cuente la carne que sufre; ni la noche tan oscura: dispuesta, disponible..." La muerte de mártir, por amor, víctima de una oscura fuerza que sólo es instrumento, abrirá las puertas a una serie de hechos que las gentes reputan milagros y, bien pronto, le dan fama de santa. Pero el principal de todos ellos es el encuentro de Víctor, receloso y lleno de odio hacia el Dios rival, con el padre Mateo, el único que puede darle testimonio de una verdad que necesita para hallar la explicación de su drama. Cuanto considera todo perdido y para siempre, cuando el dolor inexplicable le pesa como una maldición, el sacerdote dice: "Solamente lo que está perdido puede ser salvado". El último y más palpable milagro será hacer oír a ese endurecido corazón el llamado del Padre. Y aquí cobra sentido la parábola que dio título al libro.

Víctor Martínez Vargas, rebelde, golpeado por la vida hasta el punto de no poder creer en un Ser que lo ama sin límites, visitante de la última hora, advierte que puede no ser tarde, que quizá haya otros caminos, además de aquellos por los que siempre ha transitado.

ADA DONATO

"Eleonora que no llegaba" encuadra en aquella vasta categoría que podríamos llamar "novelas del propio corazón". El lector lo percibe, aun sin poseer datos biográficos. Es una búsqueda en un tiempo oscuro, una rebelión contra la oscuridad de ese tiempo; envuelve, por ello, una actitud metafísica, como quería Camus cuando proclamaba la superioridad del rebelde sobre el mero revolucionario. En un mundo de valores entre comillas, quiere valores con mayúscula. Sale a luchar contra los molinos de viento y es arrollada por las aspas; cae, se levanta y sigue. Así la protagonista, así el libro. La actitud quijotesca no tolera ni apeetece invictos; quiere, más bien, criaturas de temple que esperen hasta la última batalla, pese a la tristeza y las derrotas que son inherentes a su condición. No nos hallamos, por cierto, ante un ejemplo más de la novela de análisis. Eleonora necesita explicarse, pero no para perdonar o comprender su pasado: tiene vida por delante y quiere vivir. Para ella y para otros. Por algo la narración comienza en tercera persona y luego cambia a primera, ávida de más pronto acceso a la propia intimidad. Sin embargo, como los seres y los hechos están observados a distancia, porque todo ha ocurrido antes, la reflexión se cuela, aunque esté sofrenada por un deseo de mostrar sin convencer. Novela con mucho **yo**, en suma, en cuyas páginas Eleonora, la del nombre sólido y severo, está en escena de continuo, para desempeñar un papel que la torna similar a muchos niños y adolescentes y jóvenes de nuestro tiempo, los que tienen apetito de sinceridad, y más aún, de verdad y quieren que la injusticia no se llame justicia, y anhelan proclamar a gritos la falsedad de todas y cada una de las mentiras.

La protagonista está disconforme. Quizá no sepa bien por qué; pero lo siente y eso es lo que importa. Se quiere sin quererse; o acaso quiera la posibilidad que hay en ella, y que los demás han deformado. Protesta su modo, con las armas que tiene. A veces se rebaja, se desvaloriza, hace sucio y torpe lo que pudo ser bueno. Es como si deseara ponerse a tono con un mundo que ha hecho lo mismo y por el cual "Dios pasa de largo" (así se llama la primera parte), porque es sólo una imagen falsificada, una caricatura hecha por la gazmoñería hipócrita, cuando no el fariseísmo de los adultos. De ahí las palabras altisonantes, las afirmaciones oratorias, para tapar la ruda realidad. El ser acepta esa convención, o se quiebra. Felices de los que tienen aristas y no se dejan pulir. Sólo ellos saben dar la cara al viento. Eleonora es de esa raza.

Ada Donato ha presentado un personaje que, al igual que los hombres y mujeres de su generación, necesitan ver para creer, porque han perdido, no sólo la fe en las cosas sino —lo que parece más grave— la fe en la fe. ¿Cómo creer en lo invisible, si lo que rodea al ser ha sido disfrazado,

escamoteado, hasta parecer inalcanzable en su verdad oculta?

Eleonora debe destruirse para hacerse. Tiene que mudar su piel, matar la mentira que ha heredado. Todo ha sido mentiroso y también la imagen de Dios.

Es posible pensar, a veces, que Dios no ha hecho al hombre a su imagen, sino que aquél lo ha acomodado a la suya... La protagonista se deshace y desciende. En su caída se prueba, pero sólo para subir más tarde. Una fe última la sostiene. ¿En qué? Tal vez en la vida misma, en su verdad también última, en un Dios que alguna vez deberá aparecer: "No sé si lo amo, si le temo, si lo odio. Lo busco, lo provocho, me humillo, empecinada. Pero Él sigue sordo, ciego, mudo, inalcanzable para mí". El silencio de Dios la tortura porque no puede, como alguien le aconseja, buscarlo en las cosas que la rodean. Quiere un Dios dócil, que le envíe una señal y no se esconda. Quiere un Padre que no mienta ni se repliegue en su majestuosa imagen lejana y muda: "Necesito que Dios me mire, que Dios me toque. Soy una desdichada sin Él".

Eleonora puede matar los fantasmas, los que indujeron sus pasos y tendieron los hilos para sus determinaciones. Tiene coraje para ello. Tiene energía para estar en camino, para subir, que es una manera de morir a una estatura y acceder a otra. Al dejarla en el "cuarto rojo" de la última escena, con su vigilancia valiente, no es posible prever sus días ni sus años. Con ningún ser, real o novelesco, se puede hacerlo. Pero ha purgado su vida de mentiras, quiere ser fiel. Tal vez Dios no pida otra cosa que ese pequeño acto de fidelidad nuestra para darnos la suya.

RENATO PELLEGRINI

El signo de la ciudad puede ser el asfalto. Así se llama la novela de Renato Pellegrini, verdadero descenso a los infiernos por la crudeza con que se muestra el mundo del mal a través de una de sus peores miserias humanas: la anormalidad del sexo.

Eduardo Ales es un adolescente cordobés de 17 años. Con tendencias homosexuales, viaja a Buenos Aires y la ciudad lo absorbe. Lucha por abrirse camino en lo material y concreto, pero lucha además con su inclinación. La red lo en-

vuelve, cae y claudica. La posibilidad de redención que se le ofrece, a través del amor de una mujer, también se pierde para él, porque para realizar su vida con ella se ve arrastrado al crimen. Tremendo alegato contra un destino que agobia, muestra el desafío a muerte entre dos fuerzas: la sed de salud moral, la honda sed de la criatura marcada, pero deseosa de sacudirse la piel del hombre viejo, y la fatalidad de una condición que es más fuerte y vence. Lo que hace desolado a este libro es la derrota del bien y la verificación de que el protagonista no gobierna, sino que padece su destino y es juguete de un poder para el cual quizá no haya justificación. Recuerda a los suicidas de Coccioli ("El cielo y la tierra") o Morris West ("El abogado del diablo"). El hombre sobrelleva una condición desde su nacimiento: Dios se la ha dado. Envía al mundo seres anormales, hechura de sus manos, y luego se las lava, se desentiende. ¿Es posible creer en la existencia de un Dios así? ¿Es posible explicarnos a nosotros mismo, explicar al Hacedor de semejante universo? Las últimas palabras del libro repiten, o dan una respuesta, para esa desolada imagen. Ya consumada la tragedia, el protagonista puede sentir a un Dios que permanece imperturbable sobre todas las cosas.

Quizá lo que falte sea precisamente eso: el sentido de la impasibilidad de Dios. El hombre perseguido, tironeado entre una condición que no acepta y una norma moral que no tiene medios de acatar, delega en Dios la responsabilidad de su condición, se la reprocha. Si se aceptara con su miseria, si se amara en Dios, tal vez hallaría esa fuerza que le falta para liberarse.

Siempre nos asalta la tentación de culpar a Dios y, de tal modo, aliviar nuestro sentimiento de culpa, cuando no la radical insatisfacción para con nosotros mismos. Es humano. Pero faltaría probar, para que tal sentimiento fuera, además, legítimo, que Dios nos mantendrá en cualquier circunstancia, hagamos lo que hagamos, dentro de esa condición; en una palabra: que el mal es inmutable en nosotros.

Una prueba que ningún hombre ha podido proporcionar.

En el próximo número, y finalizando esta serie, el autor analizará a los escritores H. E. Loxama y Dalmiro Sáenz.

Panorama Literario

por Alberto Blasi Brambilla

Diversos modos y una sola unidad poética

Resulta de utilidad realizar periódicamente, como lo haremos en nuestro panorama de este mes, cierto balance literario condicionado por lecturas espigadas, para

entrever algunas líneas del desarrollo literario y comprender cómo ellas se unen en formas y modos de expresión, aunque con diversidad evidente. En especial